

Joseph o Bobby

La rutina en mi vida era enamorarme.

En algún momento las cicatrices decidieron que pasearían sus formas y relieves por mi cuerpo. Eran marcas inmunes a los cambios de tiempo. De un día para otro comenzaron a reproducirse incluso dentro de mí. Notaba un estremecimiento y un delirio palpitante en ellas siempre que me acercaba a una mujer que leyese clásicos en libros de bolsillo. La cima la alcanzaban con Franz Kafka.

Iba en el metro, de pie, apoyado en una puerta y deseando llegar a mi estación. No podía parar de leer. Era el final y no quería terminarlo allí. Mi estación no llegaba. Parados en medio de un túnel por causas ajenas a la empresa. La última página. Se mueve. Ya no llegaba al trabajo. Acabé. Lo cerré y miré delante con disimulo. Sólo una persona me había robado ese momento. Me sentía desnudo y con una instantánea de mis gestos y mis ojos en la retina y en la cabeza de alguien. Las ideas se inquietaban dentro de mí. Se movían de un lado a otro, traqueteando y desordenándose.

Nuestras miradas se encontraron y empecé a arder. Me sentía observado por el planeta. Las palpitaciones dolían. Las cicatrices hablaban entre ellas y se excitaban. Miré su libro. Joder, estaba leyendo *El Proceso*. Entonces pasé de arder a ponerme enfermo. Abrigué su cuerpo y desnudé su mente.

Su parada. Salió corriendo y el libro se le cayó en el vagón. Los reflejos funcionaron, alcancé El Proceso y salí, peleando con las gomas de las puertas. Miré su cara y me di cuenta. Me gustaba. Entablamos conversación sobre los clásicos mientras tomamos un café. Quedamos después del trabajo. Le dije que me interesaba sexo con ella mientras en la mesilla de noche pudiese ver El Proceso. Me dijo que le excitaban los perversos que leían clásicos. Fuimos a su casa y rellenamos unos informes antes

de acostarnos. Luego sopesamos y nos preguntamos qué postura nos apetecía. La cadencia. El lugar. Marcamos con una cruz. La cosa marchaba. Elegimos estado de ánimo: Éxtasis Austro-Húngaro. Se puso unas gafas de burócrata que no necesitaba y miró El Proceso en la mesilla. Me coloqué mientras veía a Joseph K entreabriendo el libro, lleno de gente y de colas y vueltas e impresos. Las cicatrices me abrasaban y nos hundimos en la cama.

El antes y el después me dejaron exhausto. Muerto. Mareado. Pero en otra dimensión. Siempre estaríamos para el otro y los besos nunca fermentarían. Giré la cabeza y le pregunté a Joseph, ¿qué te parece? Y le comenté, es preciosa y perfecta en este mismo momento. Desde la primera a la última página. Sólo nos falta una cucaracha como insecto de compañía a la que sacar tres veces al día, un coche y una casa en las afueras. Para nuestra mascota me gusta el nombre de Bobby o Joseph, ¿qué te parece, Joseph? Ponerle a un perro el nombre de alguien cercano no está bien visto. Pero para un insecto es perfecto, ¿no, Joseph?

Mi cabeza mojada por los pensamientos cuando llegué a la parada que también era la suya. Se dejó el libro en el asiento. Las puertas se cerraron. Me quedé dentro. Ella fuera. El metro se fue y *El Proceso* en mis manos y ella perdida. Abrí el libro, encontré un número de teléfono escrito a lápiz, muchas anotaciones y dobleces en las esquinas de las páginas. El libro tenía vida. Lo cerré con la sensación de estar cometiendo el peor crimen posible. Aspiré su aroma. Acaricié una página al azar. Seguí y presioné los trazos de su caligrafía con mis dedos.

Me bajé en la siguiente parada y comencé a pensar en el problema. Tendría que ordenar todo. Llamar o no. Si llamaba ahora mismo parecería demasiado interesado, incluso obsesionado. Bueno, tanto no, la obsesión requiere repetición. Si no llamaba

podría pensar que no me interesaba. A lo mejor ese teléfono ya estaba y no era para mí. Si esperaba a la tarde la intensidad sería distinta pero podría ver el problema desde la distancia. Si esperaba a llamarla mañana ella podría pensar que era un impostor y que ni siquiera sabía quién era Joseph K. Que todo era una pose. Llamé nada más salir del metro. Un tono. Colgué. Llamé mientras me encendía un cigarro. Descolgaron.

- ¿Sí?-es ella.

- Ehmmm... creo que no sabes quién soy. Bueno...

- Eres el del metro.

- Sí, soy el del metro, J... Joseph.

- Que original.

- ¿Tú?

- No me llamo de ninguna manera.

- ¿Eh?

- No tengo nombre.

- Qué dices.

- Tenía nombre pero lo perdí.

- ¿Cómo?

- Avalé mi casa con el nombre y no pude pagar la hipoteca. Se lo llevaron.

Fonológicamente no existo.

- Pero te acordarás...

- Puede salir de mi boca. Pero sería absurdo. Un espectro. Una sucesión de sonidos sin continuidad. Ojala pudiera escribirte mi nombre y nada más. No tener que hablarte nunca. En los escritos tendemos a querernos hasta el final aunque sea mentira o a odiarnos sin haberlo pensado. Joseph, deberíamos ser dos personajes de novela. O de película, ¿qué prefieres? Podemos escurrir la pasta en una raqueta o hacer sándwiches con una plancha. Ni siquiera tendríamos que ir al baño para soltar toda nuestra mierda. Sólo sé que me gustas aquí y ahora. ¿Es tan complicado de entender?

- Eh.

- Llámame como quieras. Médula está bien.

- ¿Médula?

- Sí, soy vital para ti.

- Vale.

- Llámame Leni.

Se cortó y volvió a llamar.

- ¿Leni?

- ¿Quién es?

- El de antes, Joseph.

- Ah.

- Has colgado.

- Sí.

- ¿Por qué?
- Me gustas.
- Y por eso cuelgas...
- Claro, porque sé que es complicado.
- ¿El qué?
- Lo nuestro, yo también te gusto.
- Sí.
- Por eso.
- Te tengo que dar el libro. Quedamos hoy.
- Hoy no puedo. Te llamo en unos días.

Y colgó.

Me encendí un cigarro, estaba sentado en el bordillo de la calle y no me apetecía ir a trabajar. No fui. No podría centrarme. Saqué la libreta y me puse a hacer un esquema. Anoté: Te llamo en unos días. ¿Cuánto podría ser unos días? Un día lo descarté. Dos días podría ser correcto pero no era lo habitual. A partir de tres. Pero luego cavilé más. A partir de tres pero menos de siete. Me hubiese dicho entonces... te llamo la semana que viene. Entre tres y siete días era la solución. Podría ser la mitad ¡Entonces serían cinco días! Me dio un bajón tremendo y entré en un bar. Mientras desayunaba visualizaba nuestra conversación y me decía a mí mismo, es distinta, claro que me gusta.

Al cuarto día empecé a marcar su número. Una vez. Dos veces. Tres. Pero pude contenerme y no llamé. El quinto día me levante antes de mi hora y con muy buenas sensaciones. Desayuné en casa. En abundancia, recreándome. A la hora de la comida Leni no había llamado. En el baño de la oficina me fumé tres cigarros del tirón. Actué y me puse malo. Que te mejores-me dijo el jefe. Llamé. Descolgaron.

- ¿Sí?

- ¿Leni?

- ¿Quién es?

- Soy yo, Joseph.

- Hola, Joseph, tendremos que vernos algún día.

- Se suponía que me ibas a llamar para eso.

- ¿Cuándo?

- En unos días.

- Ah, en unos días, entonces todavía estaba a tiempo.

- Me gustas porque eres distinto a todos.

- ¿Entonces cual es el problema?

- ¿Qué problema?

- Joder, ¡el nuestro!

- No hay ningún problema. Nos gustamos porque nos necesitamos. Es como una dependencia. Tómallo con calma. Tenemos todo el tiempo del mundo.

- Es imposible tomarlo con calma. Esto es una locura.

- Lo es. Claro. Porque es intenso. Me gustas mucho, Joseph.

- Leni, ya sabes dónde encontrarme. En el mismo vagón. A la misma hora. Por si necesitas el libro.

- Espera...

- No puedo.

Y colgué.

Me afectó mucho. No hablamos nunca más. Sólo bebía coca cola en cantidades industriales. Me convertí en un saco de huesos. Los pantalones me los ataba con una cuerda y en los bolsillos de la chaqueta llevaba piedras para no volarme. En mis ojeras navegaban siniestros veleros y dejé de ir al trabajo. Un día aparecí con una nariz de payaso. Me largaron. Pero lo peor de todo eran los temblores. Enfermé. Me empujé a la calle, desquiciado, un espíritu que deambulaba con el mono de los clásicos de bolsillo.

Iba en el metro y en un momento de lucidez la reconocí. Era ella. Leni. Yo estaba en la otra punta. Era ella pero parecía distinta. No era Leni. No dije nada e intenté que no me viese. Nuestras miradas se cruzaron. Estaba leyendo un best-seller. Un tocho de tapa dura que yo ni siquiera podría levantar. Ya nada volvería a ser como antes.